

SEGUNDA PARTE
EL SOCIALISMO CHILENO

Capítulo 4
DEMOCRACIA, POPULISMO Y LENINISMO:
EL PARTIDO SOCIALISTA
DE CHILE (1933-1973)

A diferencia del proceso de socialdemocratización característico de la izquierda europea, el proceso de leninización del socialismo chileno condujo a este último a un progresivo cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa. A decir verdad, desde sus inicios el Partido Socialista de Chile (PSCH) mantuvo una marcada ambigüedad en torno a la democracia política; ello, a pesar de que su práctica política se ubicó de lleno en el funcionamiento de las instituciones democráticas. A partir de la década de 1960 dicha ambigüedad se transformó en una actitud de franca y creciente oposición a la democracia “formal” o “burguesa”.

Fue en ese contexto, y en marcada oposición a la evolución más reciente del PSCH, que emergió la Vía Chilena al Socialismo —que hemos preferido denominar Vía Allendista, a fin de enfatizar el sello original y propio que le imprimiera su máximo exponente, Salvador Allende. Se trataba en este caso de un “segundo modelo” hacia el socialismo, distinto de aquél que conducía a la dictadura del proletariado; un intento, como el propio Allende lo definiera, de construir un socialismo en “democracia, pluralismo y libertad”.

Nuestra hipótesis central es que el fracaso de la Vía Chilena al Socialismo debe explicarse principalmente por la ausencia al interior de la izquierda, y muy en especial en el propio Partido Socialista, de un socialismo democrático claramente definido y articulado, que fuese consistente con el proyecto allendista. El PSCH, que en sus orígenes había vivido una etapa marcadamente populista, caracterizada por una visión más bien instrumental de la democracia, había evolucionado hacia una postura declaradamente leninista, de franca y creciente oposición a las instituciones de la democracia representativa.

De alguna manera podría decirse que a lo largo de la historia del PSCH existió sólo marginalmente una concepción socialista democrática de mayor consistencia. Tal vez el caso más digno de destacar en este sentido sea el de Eugenio González, una de las figuras de mayor estatura intelectual al interior del partido. El otro caso, por cierto, más evidente en el plano intuitivo y de la práctica política que en el de la sofisticación intelectual (y pese a

múltiples tensiones y contradicciones) fue el del propio Salvador Allende. Pero, mientras las tesis del primero no prosperaron, relegadas al olvido en el desarrollo posterior del partido, las posiciones de Allende permanecieron como minoritarias al interior de su propia colectividad.

Es al estudio de este proceso que dedicaremos las próximas líneas, explorando las posibilidades y tensiones en torno a la viabilidad de un proyecto socialista democrático al interior de un partido rico en contradicciones internas que desempeñó un rol central en la política chilena.

El Impulso Populista

El antecedente fundamental del Partido Socialista fue el *putsch* militar que dio lugar a la efímera República Socialista, del 4 al 16 de junio de 1932. El surgimiento y desarrollo del PSCH en este período debe entenderse en el marco general de la crisis oligárquica, tanto en Chile como en América Latina. Fue como respuesta a esa crisis que surgió en Chile un socialismo con un importante elemento populista, de signo antioligárquico y antiimperialista. Aunque se declaró marxista, fue el carácter nacional y popular y no el componente clasista del partido lo que atrajo a las masas; fue la oposición pueblo/oligarquía y no la oposición proletariado/burguesía lo que caracterizó al socialismo chileno en ese período, imprimiéndole una orientación más nacionalista y latinoamericanista que clasista.

El estallido de la llamada “cuestión social”, a comienzos de siglo, fue el primer signo de la crisis del sistema de dominación oligárquica en Chile. Un movimiento obrero cada vez más poderoso y la incorporación creciente de los sectores medios fueron erosionando el predominio oligárquico basado en un régimen de tipo parlamentario que, vía control del Estado, permitía a los grupos dominantes el acceso a los excedentes de la poderosa industria del salitre, en una economía dependiente de tipo primario-exportadora.

La crisis salitrera de fines de 1910 y la crisis económica de fines de los años veinte repercutieron en forma especialmente poderosa en una economía como la chilena, fuertemente dependiente del comercio exterior, y terminaron por enterrar el tipo de economía primario-exportadora, desplazando paulatinamente a los sectores oligárquicos del aparato estatal.

El modelo de crecimiento “hacia afuera” fue reemplazado gradualmente por uno de crecimiento “hacia adentro”, en el marco de la industrialización sustitutiva de importaciones y de una creciente presencia estatal. El Estado oligárquico fue cediendo terreno al Estado de Compromiso (mesocrático), todo ello en el marco de una democracia cada vez más estable, con claro predominio de los partidos políticos. Industrialización y democratización, procesos que recibieron un fuerte impulso desde los gobiernos radicales del Frente Popular, fueron los dos polos de esta fase y, de alguna manera, caracterizaron el desarrollo político chileno hasta 1973¹²⁹.

Los años que van desde 1920 a 1932 marcaron un período de transición

¹²⁹ Ver, sobre el particular, Manuel Antonio Garretón, *El Proceso Político Chileno* (Flacso, Santiago).

entre el predominio oligárquico y el advenimiento de la república mesocrática. En dicho período la capacidad para influir en la cúpula militar permitió el acceso al control del Estado. A esas alturas Chile contaba con unas Fuerzas Armadas altamente profesionalizadas y con una oficialidad joven cada vez más sensible a la cuestión social. Desde las filas de esa joven oficialidad emergieron dos de los tres caudillos que llenaron el vacío político producido en este período: Carlos Ibáñez y Marmaduque Grove.

El tercer caudillo en referencia, civil y no militar, fue Arturo Alessandri. Emergido desde el interior de la clase política chilena, pero con un discurso populista y reformista, gobernó entre 1920 y 1924. Alessandri fue el primero de los tres en captar el nuevo fenómeno de masas presente en la política chilena; en él cifró el pueblo sus primeras esperanzas de reforma social y de oposición real al predominio oligárquico.

Fue el caudillismo, pues, el que marcó el tránsito entre el Estado de Compromiso oligárquico y el Estado de Compromiso mesocrático. En ese contexto, los sectores populares aún carecían de un genuino órgano de representación política que les permitiera enfrentar la crisis oligárquica desde su propia perspectiva y en forma organizada. El Partido Comunista, fundado en 1922, engarzado con el desarrollo de un movimiento obrero del que pretendía ser considerado el legítimo representante político, estaba sumido en una ácida disputa interna entre estalinistas y trotskistas, reflejo a su vez de la misma disputa al interior de la Internacional Comunista a la que se encontraba estrechamente ligado.

Los tres caudillos ya mencionados se constituyeron en depositarios transitorios de la confianza popular y uno de ellos, Marmaduque Grove, logró imprimirle un carácter socialista a su proyecto. En efecto, profundamente decepcionado por los fallidos intentos de reforma social de Arturo Alessandri y de Carlos Ibáñez, en los años veinte, Grove decidió actuar por sí mismo encabezando un movimiento de protesta social. En su calidad de Comodoro del Aire y con el apoyo de diversos sectores civiles y militares, puso término al intento de restauración oligárquica del Presidente Juan Esteban Montero (1931-1932), instaurando en su lugar la efímera República Socialista. Con el grito de “pan, techo y abrigo”, señaló que el nuevo gobierno socialista estaría empeñado en “transformar totalmente la estructura económica y social de la República”¹³⁰.

El Acta de Deposition de Juan Esteban Montero expresaba fielmente el espíritu que animaba a los rebeldes y la nueva legitimidad que iban alcanzando las ideas socialistas. Dicha Acta señaló que el de Montero “era un gobierno oligárquico que no responde fielmente al sentir de las necesidades sociales”. Añadió que la legislación vigente había sido dictada para “beneficiar directamente a las clases oligárquicas, con lamentable abandono de los intereses

1983). Ver, también, Tomás Moulián, “Desarrollo Político y Estado de Compromiso en Chile”, en *Estudios CIEPLAN* (8, 1982).

¹³⁰ En Carlos Charlín, *Del Avión Rojo a la República Socialista* (Editorial Quimantú, Santiago, 1972), 708.

del pueblo”, y llamó al estudio, organización y fomento de las actividades productivas nacionales tendientes a garantizar un “mínimo de bienestar económico y social”¹³¹.

Por su parte, el Programa de Acción Inmediata propuesto por la nueva Junta de Gobierno recogió estas aspiraciones en un tono claramente antioligárquico y antiimperialista. Junto con denunciar la entrega de las riquezas básicas por parte de la oligarquía nacional a intereses foráneos, a la vez que contrastar la prodigalidad de la clase oligárquica con el “doloroso pauperismo” de la clase proletaria, dicho programa desarrolló una crítica frontal al liberalismo económico (calificándolo de injusto e inmoral), pues permitía que los fuertes destruyeran a los débiles. Ante ello el programa postulaba el colectivismo económico, según el cual toda sociedad se organiza precisamente para impedir que los más fuertes destruyan a los más débiles. A este respecto se señalaba que “corresponde a los gobiernos intervenir en la gestión económica”, alrededor de un programa tendiente a “alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo”¹³².

Las ideas socialistas emergentes en este período, recogidas en este tipo de documentos, deben entenderse como la expresión de un sentimiento generalizado de protesta antioligárquica y de demandas mínimas de bienestar económico y social. El Estado era visto como el vehículo principal para la satisfacción de estas legítimas aspiraciones. Este era el tipo de socialismo que Grove y los líderes de la República Socialista tenían en mente, y el que fue legitimándose en vastos sectores populares. Como señala Drake, “el socialismo, entendido como una vaga idea de acción positiva del Estado en cuanto mecanismo de salvación de los desposeídos, se convirtió en la nueva piedra de toque”¹³³.

En cuanto a la forma de gobierno propuesta, la respuesta debe encontrarse en la naturaleza misma del *putsch* militar que depuso al gobierno constitucional de Montero, procediendo luego a la disolución del Congreso. A decir verdad, los líderes de la nueva república no mostraban predilección por las formas liberales de la democracia representativa. El programa de gobierno señalaba que el desarrollo capitalista de Occidente había convertido a Chile en una “colonia económica”, a la cual se mantenía dentro de un régimen de libertad más aparente que real. Añadía que, al igual que en el caso de guerra, “todos los derechos individuales pueden ser conculcados y todos los privilegios abolidos”¹³⁴. El antecedente principal del PSCH no debe encontrarse entonces en un régimen de libertades públicas, sino en un *putsch* militar que puso fin al gobierno constitucional de Juan Esteban Montero.

Junto a Grove, participaron en la República Socialista, entre otros, Eugenio

¹³¹ En Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile* (Ediciones Prensa Latinoamericana SA. Santiago, 1971) 67 y siguientes.

¹³² *Ibíd.*, 73.

¹³³ En Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952* (University of Illinois Press. Urbana, 1978), 70.

¹³⁴ Jobet, *op. cit.*, 69 y 74.

Matte, Gran Maestro de la Masonería y líder de la Nueva Acción Pública (NAP), y Oscar Schnake y Eugenio González, ambos de antecedentes anarquistas, adscritos a la Acción Revolucionaria Socialista (ARS). Los cuatro, Grove, Matte, Schnake y González, serían los principales fundadores del Partido Socialista en 1933.

Tras el fin de la República Socialista Grove y Matte fueron relegados a la Isla de Pascua. El exilio de los máximos líderes socialistas les sirvió para llevar a cabo una profunda reflexión acerca de las razones del fracaso y las perspectivas futuras del socialismo chileno. En síntesis, ambos llegaron a la conclusión de que la experiencia se había frustrado debido al hecho "de haber carecido la República Socialista de un poderoso partido de la clase obrera que le apoyara y colaborara en el gobierno"¹³⁵. Ambos concordaban en que el Partido Comunista no era una verdadera alternativa nacional y popular, no sólo por sus estériles disputas internas sino por su estrecha adhesión a la Internacional Comunista. Así, el vacío político debía ser llenado, según Matte, por un "Partido Socialista chileno, con una doctrina marxista, con un programa absolutamente nacional, sin sujeción a la autoridad de ninguna internacional"¹³⁶. De esta manera, la creación de un gran partido de masas, que llenara el vacío dejado por el PC, aparecía como la gran tarea por delante.

En medio de estas reflexiones, en un lugar apartado como la Isla de Pascua, ambos exiliados fueron avisados de que podían regresar al continente, pues se habían fijado elecciones presidenciales para octubre de 1932. La sucesión de intervenciones militares que tuvo lugar entre 1924 y 1932 se encontraba agotada y surgía la necesidad de dotar al país de instituciones democráticas estables. Si las reflexiones de los líderes socialistas habían avanzado bastante la idea de un gran partido socialista, nacional y popular, el resultado de dichas elecciones presidenciales aclaró definitivamente el panorama. Sin saberlo, Marmaduke Grove había sido incluido como candidato presidencial, obteniendo el segundo lugar con un 18% de los votos. En las elecciones parlamentarias del mismo año los distintos grupos socialistas eligieron a tres senadores y cinco diputados.

Convertido en el líder indiscutido del socialismo chileno, Grove concurrió a la formación del Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933. Junto a la NAP, encabezada por Matte, y a la ARS, encabezada por Schnake y González, concurrieron también a dicho acto, entre otros, el Partido Socialista Marxista y Orden Socialista, dos de las muchas agrupaciones socialistas que habían surgido en esos años.

Oscar Schnake fue elegido como secretario general del partido, desempeñándose en dicho cargo hasta 1938. Este último, junto con destacar que las bases del partido provenían de la clase obrera y de los sectores medios, definió al PSCH como una unión de "trabajadores manuales e intelectuales"¹³⁷.

¹³⁵ Charlín, op. cit., 867.

¹³⁶ *Ibid.*, 868.

¹³⁷ En Alejandro Witker, *Historia Documental del Partido Socialista de Chile, 1933-1983* (Universidad Autónoma de Guerrero, México, 1983), 24.

Con ello quería enfatizar la necesidad de una alianza entre sectores medios y trabajadores, para hacer frente a las tareas de tipo antioligárquico que estaban pendientes. Todo ello dentro de una orientación definida como realista, destinada a reconocer la realidad chilena tal cual era, con sus propias especificidades, y a movilizar al pueblo hacia una “segunda independencia nacional”.

Pese a que era cada vez más evidente que el Partido Socialista surgía como una alternativa nacional y popular ante la crisis oligárquica, en momentos de agotamiento de la intervención militar y de creación de un gobierno civil sustentado en instituciones democráticas, la Declaración de Principios de 1933 suscita una imagen distinta. La tensión que comienza a emerger entre una retórica revolucionaria y una práctica reformista, al interior de un partido rico en contradicciones internas, permanecerá y se agudizará en los años siguientes.

En efecto, junto con adoptar el marxismo como método de interpretación de la realidad, “enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social”, dicha Declaración de Principios reconocía la lucha de clases como realidad fundamental del desarrollo capitalista, y veía en el Estado a un “organismo de opresión de una clase sobre otra”. Asimismo, llamaba a sustituir la propiedad privada por la propiedad colectiva a través de lo que denominaba una “dictadura de trabajadores organizados”, y afirmaba el carácter internacional de la doctrina socialista y antiimperialista del partido. Junto con esta interpretación bastante clásica aunque no dogmática del socialismo marxista, y en torno a lo que nos interesa fundamentalmente, la Declaración de Principios de 1933 afirmaba categóricamente que “la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible”¹³⁸. De tal manera que, desde sus inicios, el PSCH estuvo marcado por una cierta actitud de sospecha o desconfianza en torno a la posibilidad de introducir transformaciones a través de las instituciones de la democracia representativa.

La práctica concreta del partido, sin embargo, sería muy distinta a la de los principios proclamados en 1933. El mismo Grove había anticipado al regresar desde su exilio en la Isla de Pascua, en 1932, que los socialistas lucharían a través de los medios legales y electorales proporcionados por la nueva institucionalidad democrática: “No hablo de tomar el poder por asalto —decía Grove—, sino de prepararnos para conquistar el poder en la forma en que lo hacen los partidos burgueses. Trabajaremos a la luz del día y venceremos”¹³⁹. Fue una lúcida anticipación de lo que sería la práctica política del Partido Socialista en los años siguientes.

En esos años, marcados por un sostenido crecimiento electoral, a Grove le cupo un papel destacado en la conducción del partido. No sólo era un fiel exponente de la impronta populista que caracterizó al socialismo chileno en

¹³⁸ Esta Declaración de Principios puede encontrarse en Fernando Casanueva y Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile* (Editorial Quimantú, Santiago, 1973).

¹³⁹ Citado en Drake, op. cit., 98.

esta primera etapa, sino que logró darle una acertada conducción al PSCH —con el apoyo inestimable de Oscar Schnake— y, sobre todo, una importante presencia de masas. Desde la cúpula militar primero, y desde la estructura partidaria después, pero siempre en su calidad de caudillo y por encima de cualquier estructura, Grove supo encausar las demandas populares de transformaciones antioligárquicas y antiimperialistas.

Nacido a la vida pública como un partido heterogéneo, el PSCH ganó homogeneidad y presencia de masas gracias al estilo de Grove. No fue su consistencia ideológica, sin embargo, lo que transformó al caudillo socialista en el conductor natural del partido y su principal figura de masas. Grove no creía en los determinismos económicos ni en la lucha de clases; el socialismo era para él un ideal y un sentimiento, más que una ciencia; y creía en la Nación, desde la perspectiva de los pobres, más que en el proletariado, desde la perspectiva marxista. En fin, como señala Zemelman, “la etapa del grovismo tiene el significado de una alianza entre capas medias y trabajadores conformando un bloque de oposición con el núcleo oligárquico con rasgos populistas”¹⁴⁰.

Si el fenómeno del grovismo nos ayuda a definir ciertos rasgos característicos de la primera etapa del Partido Socialista, la experiencia del Frente Popular, teniendo como base a los gobiernos radicales de los años treinta y cuarenta, nos enseña algo más acerca del proyecto nacional y popular (y no clasista) del socialismo chileno en esta primera etapa.

La colaboración de los socialistas con los gobiernos radicales, bajo la fórmula del Frente Popular, fue uno de los puntos más debatidos al interior del socialismo chileno. La situación aludía a la vieja cuestión de si los partidos socialistas debían o no participar en gobiernos de signo burgués, al interior de una democracia de tipo representativa. En función de este debate el Partido Socialista experimentó grandes disputas entre “colaboracionistas” y “anticolaboracionistas”. En definitiva, el triunfo de estos últimos daría lugar a una autocrítica radical acerca de la práctica política del partido en este primer período y, fundamentalmente, acerca de su política de alianzas.

En estas líneas, sin embargo, queremos intentar una lectura distinta de dicha experiencia, en un sentido positivo, y en el marco de la respuesta socialista a la crisis oligárquica que, como hemos dicho, definió el carácter del partido en este período.

El proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, marcado por una creciente presencia del Estado, e impulsado por una coalición multiclassista (Frente Popular) al interior de las reglas de funcionamiento del Estado de Compromiso, fue una respuesta positiva a la crisis oligárquica que iba quedando atrás. Se articuló una alianza entre las capas medias, representadas por el Partido Radical, y los sectores populares, representados por los partidos comunista y socialista, a fin de desplazar a la clase oligárquica del Estado.

¹⁴⁰ En Enzo Faletto et. al., *Génesis Histórica del Proceso Político Chileno* (Editorial Quimantú, Santiago, 1971), 77.

Este último adquirió una mayor autonomía y se transformó paulatinamente en un lugar de negociación y compromiso, impulsando un proceso de desarrollo que otorgaba una mayor autonomía a la economía nacional, junto con avanzar la causa de los sectores medios y populares.

Los historiadores socialistas suelen señalar que el Partido Socialista se resistió inicialmente a ingresar al Frente Popular habida consideración del carácter reformista de este último, lo que conduciría a postergar las aspiraciones revolucionarias del partido. Nos inclinamos a pensar, sin embargo, que fue más bien la constatación de que una coalición de ese tipo beneficiaría más que nada a radicales y comunistas lo que hizo que inicialmente el PSCH se resistiera a dicha iniciativa. Ello no obstaba, sin embargo, a que ciertos sectores minoritarios al interior del partido se opusieran al ingreso al Frente Popular por razones ideológicas.

En efecto, los comunistas aparecían claramente beneficiados con una alianza del tipo del Frente Popular, pues les permitía romper con su aislamiento y fortalecer su presencia electoral y de masas, en momentos en que el PSCH crecía rápidamente¹⁴¹. Por su parte, los radicales aparecían como los grandes beneficiados, pues, a fin de fortalecer la alianza con los sectores medios, el PC les reconocía un papel protagónico en la alianza del Frente Popular —como, en efecto, quedaría demostrado bajo las administraciones de Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla, todos ellos del Partido Radical, en el período comprendido entre 1938 y 1952.

El claro sentido popular de dicha alianza hizo que el PSCH concurriera finalmente a su formación, el 2 de abril de 1936; ello, a pesar de la doble constatación de que el arreglo beneficiaba más que nada a radicales y comunistas y que demandaba ciertos sacrificios ideológicos que al menos algunos sectores dentro del partido no estaban dispuestos a hacer. No obstante, como para precaverse de alguna posible “desviación” de sus postulados revolucionarios y para mantener su propio perfil ideológico, dando así satisfacción a los sectores al interior del partido que eran reticentes a una fórmula de este tipo, al ingresar al Frente Popular, el Partido Socialista advirtió que la “democracia política era sólo un instrumento útil y temporal que no conduciría al proletariado al poder”¹⁴². Con ello ratificaba la Declaración de Principios de 1933 en virtud de la cual se consideraba que la transformación evolutiva por medio del sistema democrático no era posible. Junto con confirmar una noción más bien instrumental —ahora sí en términos literales— de la democracia, esta declaración contradecía de manera flagrante la propia práctica política del partido cada vez más inmersa en el juego electoral y la actividad parlamentaria.

Ese mismo año 1936 el movimiento sindical dio un significativo paso

¹⁴¹ No hay que olvidar, asimismo, que las tácticas del Frente Popular nacieron en el seno del Comintern, en su VII de 1935, a fin de contener el avance del fascismo en Europa.

¹⁴² Citado en Drake, op. cit., 177.

La actitud cautelosa de Aguirre Cerda, apoyada por comunistas y radicales, recibió también el respaldo oficial de los socialistas.

En 1939, un intento golpista por parte de sectores derechistas, encabezado por el Coronel Ariosto Herrera y con el apoyo desde Buenos Aires de Carlos Ibáñez, reforzó este criterio de cautela, pues demostraba que la derecha estaba dispuesta a reconquistar posiciones perdidas por cualquier medio a su alcance.

A poco andar, sin embargo, la posición inconformista fue haciéndose cada vez más visible al interior del Partido Socialista. Sus mentores estimaban que la defensa de la institucionalidad democrática, erigida en dique de contención frente a la reacción y al fascismo, demandaba sacrificios ideológicos y programáticos sencillamente inaceptables. Una vez más, el dilema de la fidelidad a los postulados ideológicos y la participación al interior de una democracia de tipo representativa estaba en el centro del debate.

Finalmente, esta tendencia inconformista con componentes anarquistas y trotskistas, encabezada por César Godoy Urrutia, fue expulsada del partido en 1940, pasando a formar el Partido Socialista de los Trabajadores (PST)¹⁴³. Pese a esta división, el debate sobre la colaboración con los radicales continuó con la misma intensidad entre los socialistas, los que finalmente optaron por retirarse del Frente Popular, aunque no así del gobierno, en 1941. La decisión de seguir en el gobierno se reforzó con el éxito obtenido en las elecciones parlamentarias de ese mismo año, en las que el Partido Socialista alcanzó un 18% de los votos, comparado favorablemente con el 11% obtenido en 1937. Los comunistas, por su parte, subieron desde un 4% en 1937 a un 12% en 1941, triplicando su votación anterior y confirmando las sospechas de algunos socialistas de que aquéllos aparecían como los principales beneficiarios de la estrategia frentista. El Partido Radical, por su parte, se mantuvo adelante con un 21% de los votos.

Pese a la alta votación de los partidos que integraban la coalición del Frente Popular —los votos sumados superaban el 50%—, las disputas al interior del Partido Socialista continuaron. En 1941 falleció Aguirre Cerda, y las nuevas elecciones presidenciales de 1942 dieron como ganador a Juan Antonio Ríos (1942-1946), abanderado del Frente Popular. El Partido Socialista, que había elegido como candidato presidencial a Oscar Schnake, tuvo nuevamente que renunciar a sus pretensiones propias para apoyar a Juan Antonio Ríos y evitar así el triunfo de Carlos Ibáñez, abanderado de la derecha.

Pero esta vez el apoyo no duraría mucho. Aunque en el VIII Congreso de 1942 los “colaboracionistas”, encabezados por Grove, Schnake y Bernardo Ibáñez (máximo líder de la CTCH), habían derrotado a los “anticolabora-

¹⁴³ El nombre de “inconformistas” se los había dado el propio Aguirre Cerda. Uno de sus exponentes, Oscar Waiss, justificaba el inconformismo acusando al PS de haberse asimilado “a las formas de la socialdemocracia, de la colaboración de clases antagónicas y de la capitulación más vergonzante” (Oscar Waiss, *Chile Vivo: Memorias de un Socialista (1928-1970)*, Centro de Estudios Salvador Allende, Madrid, 1985, 74).

cionistas” —entre los que destacaba Raúl Ampuero, líder de la Juventud Socialista—, el giro a la derecha del gobierno de Ríos y la nueva postergación de las demandas populares llevaron al Partido Socialista a retirarse del gobierno en 1943. Ese año, en su IX Congreso, el PSCH declaraba que ninguno de los problemas fundamentales habían sido resueltos: “El gobierno de la izquierda sólo significó un cambio de caras, la sustitución de la burocracia derechista por la burocracia radical y la sustitución de la oligarquía reaccionaria por la burguesía de terratenientes radicales”¹⁴⁴.

Grove, sintiéndose derrotado como el resto de los “colaboracionistas” y como para confirmar su condición de caudillo por encima de cualquier estructura partidaria, se retiró del partido para formar el Partido Socialista Auténtico (PSA), de efímera existencia, mientras que Schnake se fue de embajador a México para no volver más a la política activa. Se iniciaba al interior del Partido Socialista una revisión profunda de su práctica política (reformista, parlamentarista y electoralista) y una reafirmación de sus postulados ideológicos (revolucionarios), lo que sólo quedaría a firme en 1946 con la llegada a la dirección partidaria de una nueva generación política encabezada por Raúl Ampuero.

Así como el grovismo y la participación socialista en la alianza del Frente Popular dan cuenta del carácter nacional y popular del PSCH en esta primera etapa, las influencias externas, siempre decisivas a lo largo de la historia de dicho partido, refuerzan el componente populista al que hemos hecho referencia.

El socialismo chileno recibió sus influencias de América Latina y no de Europa. A decir verdad, hasta 1973 el socialismo chileno nunca prestó mayor atención a sus congéneres del viejo continente, como no fuera para denunciar, en tono claramente peyorativo, su carácter “socialdemócrata”. En el escenario latinoamericano, el fenómeno populista ejerció la influencia más directa entre los socialistas chilenos. De difícil definición, concepto a veces confuso y no exento de ambigüedades, el populismo latinoamericano fue una respuesta a la crisis oligárquica; un intento por incorporar a los sectores medios y populares, en estrecha alianza entre sí, a través del Estado y al interior de una estrategia de industrialización. En general, el populismo latinoamericano se caracterizó por la identificación entre la masa y un líder o caudillo, y su forma política variaba de un lugar a otro.

Numerosas experiencias latinoamericanas dan cuenta de este fenómeno, especialmente en los años treinta y cuarenta. Cual más cual menos, Lázaro Cárdenas en México, Víctor Raúl Haya de la Torre y el Aprismo peruano, Getulio Vargas en Brasil, Juan Domingo Perón en Argentina, Acción Democrática y Betancourt en Venezuela, y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en Bolivia, entre otros y a pesar de sus diferencias, fueron

¹⁴⁴ En Miriam Hochwald, *Imagery in Politics: a Study of the Ideology of the Chilean Socialist Party* (UCLA, Ph. D. Thesis, University Microfilms International, Michigan, 1981), 178.

expresiones de este fenómeno populista, que emergió como respuesta a la crisis oligárquica cada vez más extendida.

En el centro del fenómeno populista estuvo “la cuestión nacional” y de allí derivó su carácter antiimperialista y antioligárquico (pues se estimaba que las oligarquías latinoamericanas eran antinacionales y aliadas del imperialismo). Fue, pues, su carácter nacional y popular, y por lo tanto antioligárquico y antiimperialista, lo que caracterizó a estos partidos o movimientos.

El Partido Socialista chileno desarrolló contactos permanentes con casi todos los movimientos mencionados, y en especial con Acción Democrática en Venezuela y el MNR en Bolivia. La influencia directa más notable, sin embargo, estuvo constituida por el Aprismo peruano, fundado en 1924 por Haya de la Torre. Desde la insignia del PSCH, hasta su carácter declaradamente latinoamericanista, antiimperialista y antioligárquico, estuvieron marcados por la influencia del Aprismo. El concepto de “segunda independencia nacional” y la idea de la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, ambos introducidos por Oscar Schnake en 1933, tenían su origen precisamente en el Aprismo¹⁴⁵.

El grovismo en cuanto fenómeno de masas, la experiencia del Frente Popular y las influencias externas en el PSCH —muy en especial la del populismo latinoamericano— nos ayudan a comprender el carácter nacional y popular del proyecto socialista en su primera etapa de desarrollo.

Del lado positivo, la contradicción pueblo/oligarquía era mucho más rica que la de proletariado/burguesía, y abría todo un campo de posibilidades a la acción política; entre ellas, la representada por las instituciones de la democracia política en las que, más allá de todo discurso, el PSCH participó activamente. Del lado negativo, sin embargo, el elemento populista del socialismo chileno creaba, por sí mismo, una ambigüedad en torno a la cuestión de la democracia política.

En efecto, hay en el populismo mismo, por definición, una tensión no resuelta con la democracia; o, por lo menos, con lo que conocemos como democracia liberal o representativa. Como señala Faletto, “el populismo intentó ser una respuesta a la crisis de la dominación oligárquica, pero constituyó también un divorcio con la visión liberal de la democracia”¹⁴⁶. Lo que interesa, en la perspectiva del populismo latinoamericano, es la incorporación de las masas —generalmente en el marco de una estrecha alianza entre sectores medios y populares—, ya sea bajo una forma democrática o autoritaria. Así, algunas experiencias populistas han sido marcadamente au-

¹⁴⁵ Haya de la Torre definió al APRA precisamente como “la unión de trabajadores manuales e intelectuales”, expresión utilizada en Chile tanto por Grove como por Schnake (tomado de Boris Yopo, “El PS Chileno y Estados Unidos”, Documento de Trabajo N° 224, Santiago, Flacso, octubre de 1984, 34). También, sobre el particular, se puede ver Heraldo Muñoz, “La Política Internacional del Partido Socialista y las Relaciones Exteriores de Chile”, en *Temas Socialistas* (Vector, Santiago, 1984). La hipótesis central de Muñoz es que “la política internacional del PS ha tendido a ubicarse en un punto equidistante entre el populismo y el socialismo doctrinario”.

¹⁴⁶ Enzo Faletto, “Sobre Populismo y Socialismo”, en *Opciones* (7, septiembre-diciembre de 1985), 70.

toritarias (Vargas en Brasil, Perón en Argentina), mientras que otras se han aproximado a una forma democrática (el Aprismo peruano, Acción Democrática en Venezuela). En síntesis, al populismo latinoamericano le ha sido relativamente indiferente la cuestión de las formas políticas. Si bien es cierto que el PSCH se acercaba en su primera etapa, a una orientación democrática, mantuvo, sin embargo, una ambigüedad en torno a la democracia política, llegando a desarrollar una visión puramente instrumental de la misma.

Eugenio González y la División del PSCH

Superar esta ambigüedad en torno a la democracia política y definir una concepción socialista democrática de mayor consistencia fueron justamente las tareas emprendidas por Eugenio González, uno de los socialistas de mayor estatura intelectual en la historia del PSCH. Las vicisitudes del Partido Socialista, sin embargo, bajo la presidencia de Gabriel González Videla (1946-1952) lo hicieron entrar en serias contradicciones, conduciendo finalmente a su división, en 1948. El trabajo intelectual de Eugenio González, expresado fundamentalmente en el Programa de 1947, caería después prácticamente en el olvido, especialmente a partir de los años sesenta, cuando el Partido Socialista Chileno se adentró por un camino marcado por un progresivo cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa.

El período comprendido entre 1946 y 1955 estuvo marcado, en el caso del PSCH, por fuertes divisiones internas y por una persistente baja electoral. El retiro de Grove de las filas del partido había privado a este último de su figura más popular; por otra parte, en la primera mitad de los años cuarenta, junto al Partido Socialista compitieron por el voto socialista el Partido Socialista de los Trabajadores, formado en 1940 por Godoy Urrutia, y el Partido Socialista Auténtico, formado en 1944 por Grove. Aunque la gran división habría de producirse en 1948, estas escisiones de comienzos de la década contribuyeron a erosionar la base electoral del partido. Fue así como en las elecciones parlamentarias de 1945 el Partido Socialista obtuvo un 7% de los votos, cifra comparada desfavorablemente con el 18% obtenido en 1941; un año después, en las elecciones presidenciales de 1946, Bernardo Ibáñez, el candidato oficial del PSCH, obtuvo sólo el 2,5% de la votación, sumiendo al partido en un proceso de claro reflujo¹⁴⁷.

Un punto crítico se alcanzó cuando, en febrero de 1946, el Partido Socialista decidió reincorporarse al gobierno de Juan Antonio Ríos, del que se había retirado en 1943. Bernardo Ibáñez, apoyado por el dirigente socialista Juan Bautista Rossetti, decidió la incorporación de tres ministros socialistas al gobierno encabezado por el Vicepresidente Alfredo Duhalde, en ausencia

¹⁴⁷ Si sumamos los votos del PSCH, en 1945, a los del PSA, se obtiene un 13%, pero aun así es notoriamente inferior al 18% obtenido en 1941. En cuanto a la elección presidencial de 1946, hay que aclarar que la mayoría de los socialistas votaron por González Videla, abanderado de las fuerzas populares que contaba con el apoyo del Partido Comunista.

de Juan Antonio Ríos quien se encontraba enfermo y luego falleciera. Paralelamente, comenzó a advertirse una creciente tensión entre socialistas y comunistas, en momentos en que empezaban a sentirse los primeros efectos del nuevo clima de la Guerra Fría. Esta tensión repercutió negativamente en el mundo sindical culminando en la división de la CTCH (dirigida por el propio Bernardo Ibáñez), en 1946.

En el XI Congreso del PSCH, celebrado en Concepción en octubre de 1946, el oficialismo encabezado por Ibáñez y Rossetti, fue definitivamente derrotado por los "anticolaboracionistas", encabezados esta vez por el nuevo líder indiscutido del partido, Raúl Ampuero. Este último había alcanzado el liderazgo de la juventud del partido (la Federación Juvenil Socialista, FJS) en 1942, fecha desde la cual encabezó el movimiento recuperacionista. La incorporación de tres ministros socialistas en el gabinete de Ríos había sido el último acto de colaboración oficial con los radicales, y a partir de 1946 el partido adoptaría paulatinamente una fisonomía distinta¹⁴⁸.

También había en estas transformaciones un aspecto generacional. La primera generación política (Grove, Matte y Schnake) había quedado atrás, y una nueva generación encabezada por Ampuero y con la participación de Eugenio González, Aniceto Rodríguez y Salomón Corbalán, entre otros, asumía la conducción de un partido definido en el mencionado congreso como "revolucionario y de clase"¹⁴⁹. Según el parecer de esta nueva generación política, el partido debía recuperar su definición marxista, clasista y revolucionaria, como lo señalaba la Declaración de Principios de 1933. La gran autocritica asumida por el nuevo liderazgo partidario hacia fines de los años cuarenta era que estos rasgos fundacionales se habrían visto desdibujados por la práctica reformista, electoralista y parlamentarista que el PSCH habría seguido en sus primeros años, especialmente al interior del Frente Popular. Esta fue la postura que se impuso finalmente en 1946, bajo la conducción de Raúl Ampuero.

Por otro lado, ante la gran confusión ideológica reinante al interior del partido, avalada por lo que se estimaba era una práctica inconsecuente de más de una década, una de las primeras decisiones de la nueva dirección partidaria fue la de llamar a una Conferencia Nacional de Programas para 1947. Dicha tarea le fue encomendada a Eugenio González, quien tuvo a su cargo la redacción del programa que sería, en definitiva, oficialmente aprobado.

De origen anarquista, al igual que Oscar Schnake, y junto a él militante originario de la ARS, Eugenio González había ocupado el cargo de Ministro de Educación en la República Socialista de 1932. Participó luego en forma activa en la campaña presidencial de Marmaduke Grove, en octubre de ese

¹⁴⁸ En el Congreso partidario de 1946 Ampuero se enfrentó a Salvador Allende, al que ganó por 7 votos.

Los trotskistas fueron decisivos en el triunfo de Ampuero, pues de los 14 delegados del tronco trotskista, 10 apoyaron a Ampuero y 4 a Allende (ver, Oscar Waiss, op. cit., 88).

¹⁴⁹ Jobet, op. cit., 199.

mismo año, y concurrió a la formación del nuevo Partido Socialista de Chile en abril de 1933. Hombre de letras, González se desempeñó como activo militante socialista hasta llegar a ser miembro del Comité Central en 1946, y secretario general del partido en 1948. Elegido senador entre 1949 y 1957, se retiró de la política activa para dedicarse a la vida académica, en la que llegó a ser rector de la Universidad de Chile.

Tal vez como ninguna otra figura en el socialismo chileno Eugenio González desarrolló un marco teórico consistente y acabado de lo que podríamos denominar una auténtica concepción socialista democrática, y desde la propia perspectiva marxista.

En efecto, su punto de partida fue el marxismo, pero, habría que añadir, dentro de una concepción no dogmática del marxismo —como era, por lo demás, la contenida en la Declaración de Principios de 1933. González sostenía, según quedaba expresado en el Programa de 1947, que el socialismo era una necesidad histórica que emergía de las contradicciones internas del capitalismo y como superación del mismo. Añadía que la lucha de clases constituía el factor dinámico por excelencia de la vida histórica y que el capitalismo se encontraba agotado, habiendo el mundo entrado en un período de “revolución social”¹⁵⁰.

Pero, más allá de estos contenidos programáticos, reminiscentes de una cierta interpretación clásica del socialismo marxista, lo que encontramos en Eugenio González es un socialismo de un fuerte contenido ético: me atrevería a decir, incluso, de una marcada orientación jauresiana.

Dos conceptos desarrollados por González avalan la afirmación anterior: por un lado, su concepción del “humanismo socialista”. En efecto, para el dirigente socialista “el socialismo es, en esencia, humanismo”, lo que emana de su propia concepción del “hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras”.

Pero, junto con este concepto del humanismo socialista, encontramos un notable paralelo con el teórico francés Jean Jaurès en la concepción misma del socialismo que se postula como auténtico o verdadero, y su relación con la democracia política. Es así como la revolución socialista, según González, no surgía en oposición a la revolución burguesa, sino como profundización de la misma. “El socialismo —según el dirigente socialista— recoge las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano”. Se trataba en verdad de superar el carácter limitado de la revolución burguesa, procurando extender “a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas”.

Lo anterior estaba vinculado, a la vez, con su visión del liberalismo y la conexión de este último con el socialismo. Si, en general, puede advertirse

¹⁵⁰ Cuando no se señale lo contrario, las citas que siguen están tomadas del Programa de 1947, el que puede encontrarse en Julio César Jobet y Alejandro Chelén Rojas, *Pensamiento Teórico y Político del Partido Socialista de Chile* (Editorial Quimantú, Santiago, 1972) 67 y siguientes.

en González una orientación jauresiana, en relación a este punto puede dibujarse un paralelo incluso con el propio Edward Bernstein.

En efecto, González no veía al socialismo en oposición al liberalismo: antes bien, destacaba los elementos de continuidad entre ambos. En un debate en el Senado, su arena natural, González señalaba en 1933: “no hay oposición entre el liberalismo político y el socialismo democrático. Por el contrario, el socialismo democrático quiere hacer efectivas para todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, las realizaciones de la burguesía liberal en el orden político”¹⁵¹. La oposición de González estuvo dirigida al capitalismo más que al liberalismo —al igual que Jaurès, en Francia.

El dirigente socialista no cesó en denunciar el carácter meramente formal de la “pseudodemocracia actual”, lo que consideraba inherente al carácter limitado de la democracia liberal. En efecto, en el Programa de 1947 señalaba que “la democracia así concebida, de una manera mecánica, tiene un alcance puramente formal y la libertad interpretada como expresión abstracta de la soberanía no pasa de ser una ficción metafísica”. Ante ello proponía una democracia real o verdadera, a la que denominaba en forma algo confusa “democracia orgánica”; una democracia, de acuerdo a su propia definición, en que “los hombres, ciudadanos y productores, realizarán la integración de lo individual y lo colectivo, de la libertad y la necesidad”.

Nada de ello, sin embargo, podría interpretarse como introducción de un elemento de duda en torno al valor asignado a la democracia política y sus instituciones, y su relación con el socialismo. Una síntesis de estos aspectos puede encontrarse magistralmente expresada en su discurso de despedida del Senado, en 1957¹⁵².

En dicho discurso, el socialismo ya no era presentado como una necesidad histórica ineludible (Programa de 1947), sino como un “imperativo insoslayable de la conciencia moral”, como “esperanza de superación humana”, como “fuerza ética”; es decir, en la línea jauresiana que hemos sugerido, el socialismo visto como deseable más que como inevitable, como fuerza ética más que como ciencia. Hacer posibles conjuntamente la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual, tal era el desafío socialista: “planificación económica dentro del Estado democrático con vistas a la dignificación espiritual de la vida humana, tal podría ser la fórmula expresiva del pensamiento socialista”.

Junto con lo anterior, en el mismo discurso en referencia, González señaló la necesidad de adecuar los medios a los fines; no era concebible un divorcio entre ambos. Si bien es cierto, señala González, que “el socialismo es revolucionario por sus objetivos”, ello no puede lograrse a través de métodos “dictatoriales”, o de la “violencia estatal”, ni menos bajo la forma del “Estado totalitario”. Es en dicho contexto, según González, donde debe definirse la

¹⁵¹ Eugenio González, “El Socialismo frente al Liberalismo”, en Jobet y Chelén, op. cit., 104.

¹⁵² Las citas siguientes, salvo que se señale lo contrario, son tomadas de dicho discurso (Actas del Senado, sesión del 14 de mayo de 1957).

relación entre socialismo y democracia: “de ahí que no nos parezca posible separar el socialismo de la democracia. Más aún, sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados”.

Se trataba, pues, de profundizar la democracia y no de sustituirla, teniendo como centro la dignificación de la persona y el respeto por los derechos humanos: “la democracia puramente formal —señala González—, de alcances civiles y políticos, tiene que llegar a ser una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral, que es por sobre todo la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del estado o del progreso de la economía”.

Es fácil comprender, pues, por qué nos hemos detenido en el pensamiento de Eugenio González, procurando desentrañar el sentido profundo de su humanismo socialista, y el claro nexo que él mismo advierte entre socialismo democrático y liberalismo político. Dicho planteamiento se ubica de lleno en la más pura tradición socialista democrática de Occidente.

Dos aspectos quisiéramos destacar, finalmente, del pensamiento del teórico socialista chileno; ambos, de una dimensión cuasiprofética. El primero de ellos dice relación con su crítica despiadada al comunismo soviético, anticipando así la crítica que desde el socialismo democrático de Occidente se dirigiría hacia el mundo de los llamados “socialismos reales”, algunos años o décadas más tarde. En efecto, junto con su crítica al capitalismo financiero, González dirigió una dura crítica al comunismo soviético, el que “sirve de vehículo al afán hegemónico y nacionalista del Estado ruso”¹⁵³. Sin desconocer la transcendencia de la Revolución de Octubre, González pensaba que ella se había transformado “en una mera estatización, que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora”. Este concepto, que González asimilaba a las características de un Estado totalitario, era visto como incompatible con un socialismo auténticamente revolucionario y democrático.

Un segundo y último aspecto que quisiéramos enfatizar se refiere a la extraordinaria y lúcida anticipación que Eugenio González hiciera sobre cómo podían evolucionar los hechos en la realidad concreta de la política chilena, bajo ciertas condiciones. Sus palabras encontrarían una trágica constatación en el desarrollo posterior de los mismos. Si, en general, hemos considerado que los conceptos vertidos por Eugenio González no encontraron suficiente eco al interior del Partido Socialista, la advertencia que hiciera en su discurso en el Senado, en 1957, sería desoída en los años siguientes por el conjunto de los partidos democráticos y progresistas, a los que él denominara partidos “de avanzada social”.

Ya en 1953, en el mismo Senado, Eugenio González se había preguntado: “¿Existe algún obstáculo insalvable para que los partidos de avanzada social,

¹⁵³ Estas citas están tomadas del Programa de 1947.

afines en sus concepciones económicas, coincidentes en sus principios libertarios, similares en sus métodos políticos, representativos, en su conjunto, de la inmensa mayoría nacional, encuentren las bases positivas de una acción solidaria en el Parlamento y en el Gobierno?"¹⁵⁴. Cuatro años más tarde, llamándolos de la misma manera —“partidos de avanzada social”— y en el mismo escenario anterior, González advertía: “De ellos depende, fundamentalmente, que nuestra democracia representativa —de la cual tanto nos enorgullecemos, a pesar de sus graves tergiversaciones— siga su curso regular, perfeccionando las instituciones libres y abriendo cauce a las transformaciones económico-sociales, o vaya a desembocar en conflictos que imposibiliten la continuidad del Estado de Derecho” —una lúcida anticipación del dilema que enfrentó la política chilena en los años siguientes.

Sin embargo, tal como lo hemos anticipado, los acontecimientos posteriores en la vida del PSCH marcaron un rumbo distinto. Un año después de haber sido aprobado el Programa de 1947, con algunos de los lineamientos ya reseñados, tuvo lugar la más importante división en la historia de dicho partido, sólo comparable a la que tendría lugar más tarde, en 1979. De ella resultó la formación de dos partidos: el Partido Socialista Popular (PSP) —podría decirse que de continuidad histórica, conducido por la generación política de Raúl Ampuero— y el Partido Socialista de Chile (PS); dicha división y los acontecimientos posteriores dejarían prácticamente en el olvido buena parte de los contenidos del Programa de 1947.

En 1946 había sido elegido como Presidente de la República Gabriel González Videla. Pese a que los comunistas apoyaron entusiastamente a González Videla —con tres ministros en su gabinete—, al poco tiempo, en consideración a la alta votación obtenida por el Partido Comunista (lo que quedó demostrado en el 17% obtenido en las elecciones municipales de 1947), y a las presiones de Estados Unidos en pleno período de la Guerra Fría, González optó por expulsar a los comunistas de su gabinete.

Con la intensificación de las tensiones internacionales y ante la necesidad de contar con el apoyo económico de Estados Unidos, González Videla pasó derechamente a la persecución de los mismos comunistas que lo habían llevado al poder, dictando en 1948 la Ley de Defensa de la Democracia. Con ello se proscribió al Partido Comunista de la vida política hasta 1957, cuando dicha norma fue derogada.

Lo que resultó inadmisibles para el Partido Socialista fue que algunos miembros del partido, encabezados por Ibáñez y Rossetti, no sólo apoyaran la dictación de dicha ley represiva, sino que se sumaran activamente a la cruzada anticomunista de González Videla. Esto provocó la expulsión de los últimos “colaboracionistas”, consumándose la división entre el PS, formado por estos últimos, y el PSP, encabezado por Ampuero. Gracias al apoyo brindado por el gobierno, los primeros lograron mantener para sí el nombre

¹⁵⁴ González, “El Socialismo frente al Liberalismo”, op. cit., 116.

del partido, pero fueron estos últimos, sin lugar a dudas, los continuadores históricos del socialismo chileno.

Por ese entonces la política partidaria en Chile experimentaba un serio desgaste y pérdida de credibilidad. No sólo porque el último de los gobiernos radicales estaba frustrando, una vez más, las esperanzas de vastos sectores populares, sino porque en la opinión pública comenzaba a emerger una reacción contraria a la acción de los partidos. En ese contexto, la población se volcó masivamente hacia quien con mayor vigor había denunciado la práctica agotada del partidismo: Carlos Ibáñez, al cual pasó a llamársele el General de la Esperanza.

Lo paradójico es constatar que el PSP, que sólo algunos años antes había decidido enfatizar su opción como un partido revolucionario y de clase, brindó su apoyo a Carlos Ibáñez. La llama del populismo aún no se había extinguido completamente dentro del partido: el PSP optó, en su XIV Congreso de 1952, por dar su apoyo al mismo caudillo que los había perseguido en años anteriores¹⁵⁵. Los socialistas encontraron en Ibáñez aún viva la llama del antiimperialismo, junto a un sentimiento antioligárquico que jamás se había extinguido.

No obstante, hubo algunos socialistas al interior del PSP que se negaron a brindar su apoyo al mismo que se había desempeñado como dictador en la década de 1920. Entre ellos, Salvador Allende. Enfrentados a la elección presidencial de 1952 y contrarios a la decisión del PSP, los integrantes de este sector pasaron a fusionarse con el PS, que entonces se había desprendido de Bernardo Ibáñez, Juan B. Rossetti y otros elementos otrora "colaboracionistas". El Partido Comunista, por su parte, aún fuera de la ley y desde la clandestinidad, apoyó la idea de levantar la candidatura presidencial de Allende, la que se formalizó a través del llamado Frente del Pueblo, integrado por el PS y el PC. Fue la primera de las cuatro candidaturas presidenciales de Allende, habiendo obtenido una muy escasa votación.

Ibáñez arrasó en la elección, recibiendo casi la mitad de los votos, procediendo enseguida a integrar a dos dirigentes del PSP como ministros en su gabinete, junto con asignar algunas subsecretarías y repartir otros tantos puestos en la administración pública a militantes de dicho partido. A los pocos meses, una elección parlamentaria (1953) hizo aumentar considerablemente la cuota de representación del PSP; este último, identificado con el ibañismo, eligió a cuatro senadores y dieciocho diputados, con un 10% de la votación, mientras el PS elegía a un senador (Salvador Allende) y cinco diputados, con una escasa votación.

Sin embargo, la alianza entre Ibáñez y el PSP quedó disuelta ese mismo año, al constatar este último que el viejo caudillo se apartaba del programa que lo había llevado al poder y que había justificado el apoyo de los socialistas.

¹⁵⁵ Este elemento populista se habría visto reforzado, según Muñoz, por una cierta asociación que los socialistas chilenos hacían entre Ibáñez y el peronismo argentino, un ejemplo clásico de populismo latinoamericano (Muñoz, op. cit., 18).

Estos últimos habían jugado su última carta populista y las lecciones de dicha experiencia, sumadas a las anteriores del Frente Popular, llevarían al nuevo Partido Socialista de fines de los años cincuenta por un nuevo rumbo, a partir de una fuerte autocrítica en relación a sus primeros años de existencia, a la vez que marcarían un progresivo cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa.

El Proceso de Leninización

Superada la etapa del “frente populista” —como se le conocería más adelante—, marcada por la idea de colaboración entre clases antagónicas, el Partido Socialista comenzó a marcar un nuevo rumbo; primero, afirmando su carácter clasista, en torno a la tesis del Frente de Trabajadores y, luego, afirmando su carácter revolucionario, bajo la influencia de la Revolución Cubana. Finalmente, hacia mediados de la década de 1960, el PSCH adoptó una definición leninista. Todo este proceso, llevado a cabo a partir de una fuerte autocrítica en torno a sus primeros años de existencia y de las nuevas condiciones internas y externas de la política chilena, tuvo como hilo conductor un progresivo cuestionamiento de las instituciones de la democracia representativa.

El período que va entre 1953 y 1957 fue uno de definiciones y de unidad tanto para el Partido Socialista como para la izquierda en general, y el movimiento sindical en particular. En 1953 se formó la Central Única de Trabajadores (CUT), dando un nuevo impulso a la actividad sindical, tras la disolución de la CTCH en 1946. En 1955, en su XVI Congreso de Valparaíso, el PSP adoptó oficialmente la tesis del Frente de Trabajadores, la que logró también imponerse en la creación del Frente de Acción Popular (FRAP), una alianza entre el PS, el PSP y el PC, formada en 1956. Finalmente, esa tesis también prevaleció en el XVI Congreso de Unidad de 1957, en que el PS y el PSP se refundieron nuevamente en un solo partido.

La tesis del Frente de Trabajadores surgía tanto de la autocrítica en torno a la alianza multiclasista del Frente Popular, como de las nuevas concepciones desarrolladas por los socialistas en torno a las características de la revolución en Chile y América Latina. En efecto, tanto en el Programa de 1947 como en las concepciones del PSP, se desechaba la clásica idea de la “revolución por etapas”; esto es, la idea de una revolución socialista precedida por la revolución democraticoburguesa. La ausencia de una burguesía nacional, en estos países semicoloniales y dependientes, hacía que no fuera dable esperar las transformaciones democratizadoras logradas en los países capitalistas (reforma agraria, industrialización, autonomía nacional), impulsados por una burguesía nacional, autónoma y creadora.

De ese modo, primero el PSP y luego el PSCH en su conjunto, optaron por la tesis de una “revolución democrática de trabajadores”, concebida esta última como una situación intermedia entre la revolución democraticoburguesa y la revolución socialista. Este proceso, con miras a la formación de la República Democrática de Trabajadores, tendría que ser asumido y llevado

a cabo bajo la conducción de la clase obrera y sus representantes (socialistas y comunistas). Tal fue la tesis que se impuso en el PSP, en 1955, en el PSCH, tras la reunificación de 1957, y en el FRAP, en 1956¹⁵⁶.

Tal vez, el aspecto más característico de la tesis del Frente de Trabajadores estuvo en su carácter marcadamente clasista. Junto con ello, sus implicancias políticas aparecían como aún más decisivas: no habría más alianzas con fuerzas burguesas o pequeñoburguesas, al interior de una coalición multi-clasista. Sería el eje socialista-comunista, conformado por las únicas fuerzas verdaderamente representativas de la clase trabajadora, bajo la fórmula del FRAP, el encargado de implementar la tesis del Frente de Trabajadores.

El congreso de unidad del PSCH, en 1957, eligió como nuevo secretario general del partido a Salomón Corbalán, quien se había desempeñado como miembro del Comité Central del PSP desde 1953. El voto aprobado en dicho congreso, junto con denunciar “el carácter formal y fraudulento de la democracia existente”, incluyó una fuerte crítica al Partido Radical, calificándolo de centrista, socialmente híbrido y de “contenido deliberadamente confusio-nista (sic) y reaccionario”. Finalmente, se consideraba a dicho partido como “el peor freno para una efectiva democratización del país”¹⁵⁷. De este modo, el antiguo aliado del Frente Popular, y más tarde la Democracia Cristiana, aparecía como un freno, un obstáculo a las transformaciones sociales propiciadas por los socialistas; se insinuaba así el dilema de la década de 1960 entre reforma o revolución y la profunda división que iba a afectar a los partidos de avanzada social —como los denominara Eugenio González—, en un cuadro de creciente polarización.

En el lado positivo, el congreso de 1957 llamó a concentrar los esfuerzos en las importantes elecciones presidenciales de 1958. En ellas, Allende, apoyado por el FRAP, obtuvo un segundo lugar a corta distancia (dos puntos porcentuales) del candidato de la derecha, Jorge Alessandri, elegido nuevo Presidente de Chile (1958-1964). El buen desempeño del candidato socialista no sólo reafirmaba la vigencia del FRAP, de reciente creación, sino que creaba grandes expectativas con miras a las próximas elecciones presidenciales de 1964.

Si la tesis del Frente de Trabajadores reafirmaba el carácter clasista del PSCH, la Revolución Cubana reafirmaba su carácter revolucionario. Esta última bien puede considerarse como el hecho político más decisivo e influyente en el proceso de radicalización y leninización llevado a cabo por el Partido Socialista en la década de 1960 y comienzos de los años setenta.

Dicha influencia puede explicarse por varias razones: se trataba de una

¹⁵⁶ No fue fácil esto último, pues la tesis del Frente de Trabajadores, defendida por el PSCH, era opuesta a la tesis del Frente de Liberación Nacional, defendida por el PC, que recogía la clásica idea de la “revolución por etapas”; esto es, la idea de la revolución socialista precedida de la revolución democrático-burguesa. El énfasis, según el PC, había que ponerlo en la lucha antiimperialista y antioligárquica, lo que implicaba contar con sectores de la burguesía nacional, cuyos intereses se suponía contrapuestos a los de la oligarquía.

¹⁵⁷ Jobet, op. cit., 33 y sigs.

experiencia latinoamericana, más próxima por lo tanto a la realidad chilena: demostraba que era posible “saltarse etapas” y comenzar a construir el socialismo desde ya, taniendo como eje a la clase trabajadora y cuestionando así la tesis de la revolución por etapas; finalmente, se trataba de una experiencia nacionalista, americanista y antiimperialista, no adscrita, al menos inicialmente, a la política de bloques.

Todos estos factores fueron tenidos en cuenta por el PSCH, con una consideración adicional que la futura evolución del partido se encargaría de confirmar: que aparte de ratificar las tesis de los socialistas sobre el carácter de la revolución en América Latina, cuestionaba radicalmente la “vía pacífica” o “electoral” como camino de acceso al poder. Tal vez fuera éste el impacto más importante de la revolución cubana entre los socialistas chilenos y un factor adicional en la pugna entre socialistas y comunistas.

En efecto, una permanente pugna tuvo lugar entre estos últimos acerca de la cuestión de las vías de acceso al poder. Mientras los comunistas ponían el énfasis en la “vía pacífica”, siguiendo las conclusiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1956, recogidas por el PC en su X Congreso del mismo año, los socialistas dirigían cada vez con mayor decisión una crítica frontal a la “vía pacífica”, a la que identificaban con la “vía electoral” dentro de las instituciones de la democracia “burguesa”.

La influencia de la Revolución Cubana en la política del PSCH comenzó a reflejarse muy claramente en las intervenciones de Salomón Corbalán, secretario general del partido entre 1957 y 1961, y en la Revista *Arauco*, del mismo partido, que comenzó a editarse precisamente en 1959.

Junto con advertir el “agotamiento de los modelos formalistas de la democracia burguesa”, especialmente desde 1938 en adelante bajo lo que denominaba el “frente populismo”, el primer editorial de *Arauco* indicaba lo siguiente: “aparece esta revista en un momento en que el eco de la Revolución Cubana agita y conmueve a las masas trabajadoras del continente, encendiendo las esperanzas y dándoles la oportunidad de aprovechar sus fecundas lecciones¹⁵⁸. Dicho editorial confirmaba la tesis del Frente de Trabajadores y señalaba al FRAP como el instrumento adecuado de la lucha política. Hasta 1966 la revista dedicó decenas de números a la revolución cubana, los que permiten apreciar cómo se fue recepcionando entre los socialistas chilenos ese proceso revolucionario latinoamericano.

Una carta de Salomón Corbalán dirigida al Partido Comunista, en octubre de 1960, señalaba que la revolución cubana había iniciado en América Latina una nueva etapa, indicando el camino que las masas debían seguir: “El ejemplo de Cuba está golpeando intensamente la conciencia popular y le está abriendo los ojos a las masas indicándoles el camino que puede ayudarlos en su empresa de liberación (...). La revolución cubana inicia un verdadero proceso en cadena de la revolución en América Latina”¹⁵⁹. Algunos meses

¹⁵⁸ *Arauco* (1, octubre de 1959).

¹⁵⁹ En *Arauco* (12, octubre de 1960) 40.

más tarde, en agosto de 1961, en un informe sobre la situación política nacional dirigido al pleno del Comité Central, el mismo Salomón Corbalán abordaba el tema en forma mucho más explícita. Allí señalaba la importancia de la revolución cubana para el proceso chileno, tanto en cuanto al problema del carácter de la revolución en América Latina, como de las vías de acceso al poder. Indicaba que la revolución cubana, “que nació rompiendo los esquemas de unidad nacional, de colaboración de clase, que barrió con la idea de fortalecer la revolución democrático-burguesa, es la expresión práctica de la política que sostenemos”. Se trata, añadía, de que “en nuestro país, de acuerdo a nuestra realidad, debemos buscar el enfrentamiento de la clase trabajadora con la clase enemiga sin propiciar el entendimiento o la vía pacífica”¹⁶⁰.

Este último aspecto era analizado más adelante y en forma detenida: “no estamos resignados —señalaba Salomón Corbalán— a esperar pacientemente y a enseñar a las masas la espera por una contingencia electoral para producir el cambio que el país reclama. Creemos que si este cambio ha de producirse será cuando las condiciones objetivas se presenten propicias y sobre la base de la insurgencia popular”. Junto con cuestionar la “vía pacífica”, que era considerada como un camino de conciliación, y la “vía electoral”, que correspondía “a las reglas del juego dictadas por la democracia burguesa”, Corbalán concluía en forma perentoria: “el enfrentamiento de clase debe producirse y nosotros lo buscamos”. Finalmente, las resoluciones del pleno del Comité Central de agosto de 1961 señalaban: “si no es hoy, será mañana. Por una vía o por otra se acerca un enfrentamiento decisivo que ha de hacer posible la revolución socialista en Chile”. Dichas resoluciones, junto con solidarizar activamente con Cuba, hacían notar “la profunda coincidencia entre la política del gobierno revolucionario de Cuba y nuestra línea del Frente de Trabajadores”¹⁶¹.

Esta suerte de identificación entre la tesis del Frente de Trabajadores y la revolución cubana, que daba cuenta de un nuevo lenguaje al interior del partido, fue confirmada en el informe de Salomón Corbalán al XIX Congreso del PSCH realizado en noviembre de 1961. Junto con advertir un mayor acercamiento entre socialistas y comunistas, señalaba que la tesis del Frente de Trabajadores “ha recibido su confirmación cabal como tesis válida para nuestro continente en la revolución cubana. Allí se ha cumplido fielmente esto de que no es una revolución burguesa, de que sólo la puede realizar la clase trabajadora, obreros, asalariados y campesinos, y que desemboca fatalmente en transformaciones socialistas”¹⁶².

De esta manera la revolución cubana se fue convirtiendo en el principal referente externo, con enormes implicancias para el desarrollo político del Partido Socialista. Junto con confirmar la tesis del Frente de Trabajadores,

¹⁶⁰ En Arauco (19, agosto de 1961) 5 y sigs.

¹⁶¹ En Arauco (19, agosto de 1961) 21 y 22.

¹⁶² Salomón Corbalán, “Por un Frente de Trabajadores”, en Alejandro Witker, op. cit., 60.

ahora en un tono más cubanizado, el partido comenzó a alejarse de la "vía electoral" o "pacífica". Las influencias externas, siempre decisivas en la evolución histórica del PSCH, habían variado desde el populismo latinoamericano alrededor de un proyecto socialista nacional y popular, a la revolución cubana, confirmando lo que ya se insinuaba como un proyecto socialista, clasista y revolucionario, destinado a adquirir en el futuro un perfil más marcadamente leninista e insurreccional.

Lo cierto es, sin embargo, que la permanente contradicción entre una retórica revolucionaria y una práctica reformista se vio agudizada en la primera mitad de la década de 1960. Bajo la dirección del nuevo secretario general del partido, Raúl Ampuero (1961-1965), este tipo de contradicción se mantuvo y profundizó. Por un lado, Ampuero reafirmaba el nuevo curso adoptado por el partido. Así, en un intercambio de cartas con Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, en 1962, Ampuero cuestionaba decididamente la "vía pacífica" adoptada por los comunistas. Junto con rechazar una vez más la política de bloques a la que adhería el PC, el nuevo secretario general del PSCH señalaba que la vía pacífica tendía "a crear en las masas una falsa confianza en lo que pudiéramos llamar la 'normalidad' de las instituciones democráticas (...) mientras nosotros, por el contrario, estamos convencidos de que, por la propia profundidad de la crisis social que vivimos, toda la formalidad del sistema republicano tradicional está siendo dolorosamente barrenada para perpetuar en el poder a las minorías oligárquicas"¹⁶³.

Por otro lado, sin embargo, la realización de elecciones municipales en 1963, presidenciales en 1964, y parlamentarias en 1965, sumieron al PSCH, al igual que al resto de las fuerzas políticas, en una verdadera vorágine electoral. Atrás y en el olvido quedaban las referencias a la revolución cubana.

Ante la inminencia de las elecciones presidenciales, fue el propio Salvador Allende quien tomó la iniciativa, procurando subrayar que la campaña del terror montada por la derecha con el apoyo norteamericano, denunciando el peligro de ver reproducida la revolución cubana en Chile, no tenía fundamento. En una entrevista en enero de 1964 Allende señalaba que en el contexto latinoamericano Chile era un caso interesante, excepcional y hasta aleccionador de lo que era "una correcta democracia representativa", añadiendo que lo que se necesitaba era fortificarla en sus elementos reales. Aclaraba que la revolución chilena tendría lugar sin alterar "los hábitos cívicos que imperan", enfatizando la necesidad de un "perfeccionamiento de nuestro sistema electoral"¹⁶⁴.

Allende no estaba, con declaraciones como ésta, creando una apariencia de legalismo y moderación que ocultara intenciones de signo contrario. Estaba convencido de que el socialismo era una profundización de la democracia y

¹⁶³ En Jobet y Chelén, op. cit., 563.

¹⁶⁴ En Arauco (48, enero de 1964) 6.

no una alternativa a la misma. Su tesis, que en cierto modo rompía con la tendencia que se venía insinuando anteriormente en el Partido Socialista, logró imponerse sorpresivamente en el XX Congreso de febrero de 1964, muy marcado por la proximidad de las elecciones presidenciales. Dicho congreso descartó la vía insurreccional y señaló su confianza en el resultado de las próximas elecciones: "Enfrentamos las elecciones —decía el informe del Comité Central— porque existen condiciones favorables para ganarlas, y porque ganándolas, ellas deben abrir una nueva etapa en el desarrollo de la revolución chilena. Además, porque objetivamente no existe otra opción"¹⁶⁵.

Este congreso, que desde 1965 en adelante sería enjuiciado por el propio partido en la forma más severa, señalándolo como un período de "descenso", se constituyó en el motivo de que un grupo de jóvenes socialistas de Concepción abandonara el partido. En 1965 pasarían a formar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Señalaron dichos jóvenes que, ante la proximidad de las elecciones presidenciales, el Partido Socialista había sustituido la línea revolucionaria por el oportunismo; añadían que "la vía pacífica se ha mostrado como la pantalla revisionista para encubrir la colaboración de clases, el sometimiento a las instituciones democraticoburguesas y la seguridad de un gobierno no socialista, sumiendo de este modo al movimiento popular en un cretinismo electoral". Llamaban finalmente "a restaurar la pureza revolucionaria del marxismo frente a la traición abierta del revisionismo"¹⁶⁶.

A pesar de las críticas recibidas y del tono amenazante de la campaña del terror, Allende procuró por todos los medios demostrar que su candidatura presidencial no tenía el tono amenazante que se le atribuía. En agosto de 1964, un mes antes de las elecciones presidenciales, el candidato socialista indicaba que lo que su candidatura pretendía era, "dentro de los márgenes de la Constitución, fortalecer y ampliar las garantías individuales y establecer los derechos sociales". Añadía que la revolución chilena no sería como la cubana, "con sabor a ron y gusto a azúcar", sino con "sabor a empanadas y vino tinto". Insistió en que no se pretendía llevar a cabo la instauración de un régimen marxista sino de uno democrático, nacional, popular y revolucionario, de transición al socialismo. Señaló que no estaban dadas las condiciones para llegar al socialismo y que "nuestra posición tiene un sentido claramente nacional y no obedece a una posición marxista". Finalmente, al preguntársele por su opinión sobre Pedro Aguirre Cerda, el ex abanderado radical del Frente Popular, del cual Allende fuera ministro, señaló: "Espero, si soy elegido Presidente, dejar un recuerdo parecido. Él fue un hombre leal al pueblo, a su programa y a sus convicciones"¹⁶⁷.

Este lenguaje moderado, que estuvo presente en la vida del partido entre

¹⁶⁵ En Arauco (79, agosto de 1966) 23.

¹⁶⁶ En Jobet, op. cit., 100.

¹⁶⁷ En Arauco (55, agosto de 1964) 5 y sigs.